

## OTRA VUELTA DE TUERCA

SÍ, OTRA. PORQUE Es la segunda vez que celebramos en este departamento la concesión de un Premio de Escritura Dramática para Nieves Rodríguez Rodríguez. De nuevo quiero – queremos- alegrarnos con ella de que su pieza ***La Araña en el Cerebro*** haya sido distinguida esta vez con el Premio Jesús Domínguez de la Diputación de Huelva en su V edición, un premio que nace con una doble vocación: servir de estímulo a la escritura teatral, sí. Pero también rendir homenaje a Jesús Domínguez Díaz, onubense y hombre de teatro que ha desarrollado gran parte de su trayectoria profesional en la provincia de Huelva como autor, arreglista, adaptador, director artístico y asesor teatral.

Siguiendo la estela de su pieza isotópica ***A Alguien B Bucea C Contigo***, que quedó finalista en la V Convocatoria del Premio La Jarra Azul para dramaturgias innovadoras de la ciudad condal,

Nieves continúa con ***La Araña en el Cerebro*** su exploración de nuevos lenguajes bien pertrechada en lo postdramático, insistiendo en el carácter del texto escrito como partitura que combina palabra y silencio, acciones y estatismo, imagen visual y fundido en negro, pasado incluido en el presente en un juego de muñeca rusa que está pidiendo a gritos una puesta en escena de autor para que este valioso material adquiera una formulación definitiva.

Abordando el difícil tema del maltrato infantil en el coto cerrado de la familia, de nuevo una pareja protagonista, Él y Ella, que se desdoblán en el Niño y la Niña que fueron. La cocina como espacio dramático fundamental que contiene y remite a otros espacios, es el lugar del rito familiar de la nutrición y de la convivencia placentera o forzada. Pero también puede ser altar de la destrucción y el crimen: así nos lo presenta su autora, con ropajes góticos de ventana a la noche, con cortinas ensangrentadas, utensilios que pueden ser armas desparramados por suelo y encimera y un reloj de pared con el tiempo detenido en sus manecillas. A veces se filtra en él la alcoba infantil del pasado donde los niños que fueron aprenden el juego de la violencia para liberarse de la sufrida en carne propia por unos padres alcohólicos.

Como a nuestra autora le apasionan la ambigüedad y la sugerencia, zurce tres tejidos textuales diferentes y complementarios que se van entreverando: poemas a modo de acotaciones, escritos para ser dichos, que acogen la partitura de acciones de los personajes y rezuman emoción y sensaciones, gracias a recursos que explotan las cualidades físicas del significantes de las palabras. Diálogos entre Él y Ella en la edad adulta que coquetean con el conflicto y remiten a la posibilidad de que cada uno sea creación mental y obsesiva del otro, diálogos en el pasado del Niño y la Niña que fueron; diálogos en fin entre los dos peces rojos de la pecera que parecen haber capturado a los padres asesinados que no saben vivir fuera de su líquido elemento en cuyo lenguaje encontramos un regusto paródico que sabe al de Nell y Nagg de *Final de partida* de Samuel Beckett.

. Y un último material visual que clausura cada fragmento con entidad propia con dibujos infantiles, pistolas de agua, fotografías nocturnas de la casa aquella noche y otras cercanas al expresionismo abstracto. De nuevo necesarios descansaderos para que lector y espectador respiren y VIVAN LA LECTURA O LA REPRESENTACIÓN COMO EXPERIENCIA DISTINTA, INDIVIDUAL E INTRANSFERIBLE.

Un novedoso acierto que delata evolución de Rodríguez Rodríguez como dramaturga es el uso de la repetición del mismo segmento temporal, de acción o fónico, en muchos de los fragmentos poemáticos o dialogados, para repetir la misma acción invirtiendo protagonismo en los personajes, para repetir exactamente lo mismo y añadir al final material nuevo y revelador o sencillamente introducir leves variaciones sintácticas que buscan otra melodía. Así la fábula es un enigma: se detecta aquí y allá como rastros estallados de metralla y se garantiza la libertad del lector para reconstruirla a su antojo, dentro de unos parámetros precisos.

Felicidades Nieves, tu texto pide a gritos la encarnación y un espectador desprejuiciado.

Daniel Sarasola.